

LA VIA INICIÁTICA ATISBOS DE REALIDAD DETRÁS DE LAS FORMAS

Uno de los primeros velos que deben caer, en el camino hacia las cumbres nevadas del alma, es el de las formas. Todo lo que percibimos no son sino parábolas y símbolos que nos encaminan hacia un elevado estado interior, que se consigue desprendiéndose de las ilusiones materiales.

Darse cuenta de ello es difícil porque desde pequeños la sociedad nos ha inculcado un cierto sentido de la belleza, así como de la armonía en el vestir o en el comportamiento. Y también se nos ha enseñado a rechazar el guante que no se ajusta a nuestra mano, a los amigos que no son de nuestra condición, o los juguetes que pertenecen al otro sexo. Esto ocurre, aunque nos duela reconocerlo, porque pensamos que todo nacimiento en la carne es, para los demás nacidos, un potencial consumidor de sus productos, de sus ideas y de sus principios vitales ya establecidos.

Nos comportamos así del mismo modo que creemos que, en el reino animal, la "sociedad" que espera al que va a nacer razona instintivamente como si todo lo que nace lo hiciera sólo para ser aprovechado. Como dice el refrán, «el pez grande se come al chico». Todo lo que llamamos vida no parece ser pues mucho más que un colectivo depredador que, en el caso del hombre, va disfrazado en ocasiones de hermosas mentiras para encubrir su condición depredadora. Esto dicho así, crudamente, resulta difícil de aceptar; pero nadie tiene argumentos sólidos para rebatirlo.

Sin embargo, si algún día despertamos del letargo social, y comprendemos que la vida en sí misma es un medio y no un fin, empezarán a caerse los velos de las formas y entraremos en la consciencia iniciática del vivir. Detrás de estos velos apreciaremos una realidad superior, planetaria e incluso cósmica.

La Vida, con sus variados niveles de consciencia, es una manifestación de la globalidad y es, por tanto, holística. Esto puede parecer paradójico porque un primer análisis muestra que está basada en partes y especializaciones, ya que todo organismo está compuesto por diversos sistemas de células especializadas. Pero cada una de ellas, con su propio lenguaje, nos habla del Todo. Es como un trocito de una imagen holográfica, que cuando se desgaja del resto sigue mostrándonos la imagen original completa aunque, eso sí, de forma menos definida.

Cuanto más profundamente analizamos una cuestión, tanto más irrelevante se nos muestra su existencia puntual, independiente, y

apreciamos cada vez más sus relaciones con todo lo que la rodea. No existe un manual de la vida que dé respuestas concretas e infalibles a los problemas que se nos plantean. Pero si lo hubiera seguro que sería desconcertante, pues tendría que tener en cuenta todas las relaciones que no solemos apreciar. En consecuencia, un buen oráculo (como el J-Ching, por ejemplo) sugiere respuestas por medio de directrices aparentemente vagas y poco definidas, pero que ayudan a esparcir la vista en una dirección adecuada para comprender la intención de la globalidad en aquel momento. La pregunta «¿qué hago ahora?» nunca tiene una respuesta fácil y es inútil buscarla. La vida genera dudas. Esto no es malo; pero es el signo de que no hemos aprendido todavía a leer globalmente las líneas de nuestro destino: cuando nos apartamos de ellas sufrimos, cuando nos acercamos gozamos.

Ninguna forma imaginable tiene más valor que el necesario estímulo para dar comienzo a la experiencia, base de toda enseñanza. Pero detrás de los velos de las formas, el hombre y la mujer son idénticos, y cualquier cosa visible o invisible no es más que un instrumento de la Gran Orquesta.

Ahora bien, si en los estadios avanzados hacia las alturas espirituales las formas carecen de mayor interés, estas diferencias son fundamentales para dar los primeros pasos en el camino. Ahí radica una de las más difíciles enseñanzas: nada puede ocurrirme que no sea una experiencia necesaria en mi camino evolutivo. Es por ello que nada está bien ni mal, sino que cada cosa y situación tiene un destinatario.

El dolor nos parece malo porque molesta; sin embargo suele ser una advertencia sobre alguna equivocación cometida, una llamada de atención hacia la búsqueda de otros senderos. Lo mismo ocurre con el placer, que percibimos como método para reforzar una acción. Si los aceptamos como tales advertencias, probable mente no suframos o gocemos en exceso ... y esto es lo correcto para llegar a iniciar el camino del desprendimiento.

Trabajar "las formas" es una de las tareas mas difíciles en el camino espiritual, y por ello es un ejercicio tan delicado como conveniente. No se trata de transmutar los valores, sino de llegar a comprender que todas las cosas, en cuanto a materia, cuyo máximo exponente es nuestro propio cuerpo, no son más que formas de la misma sustancia, sólo diferentes en cuanto a grado de organización o consciencia.

¿Hemos pensado alguna vez por qué nos agrada un hámster y nos repele una rata? Todo es una cuestión de cola ... ita es nuestra dependencia de las formas! Si al gatito que acariciamos entre las

manos se le cayera el pelo y le nacieran escamas posiblemente lo rechazaríamos de inmediato. Y al tiempo que nos encanta acariciar a un bebé, rechazamos hacer lo mismo con un anciano... aunque ambos son una misma manifestación divina. Somos víctimas de lo accidental porque nadie nos enseñó a valorar lo esencial, y arrastramos esta ignorancia desde siglos. Éste es el principio de los grandes problemas humanos.

Mientras continuemos ignorando que una mariposa no es otra cosa que una oruga con alas seremos prisioneros de las formas. Ésta es una de las grandes enseñanzas de los Mensajeros, en diferentes dictados, a una humanidad que permanece aferrada a los modelos que le enseñaron a guardar las apariencias, hasta el punto que la consigna del mundo, de nuestra sociedad actual, parece ser: no importa cómo consigas las cosas, lo importante es dar la imagen.

Es divertido ver cómo ejercen un mágico poder sobre ciertas personas los colores de un club, o los de una bandera: no es que sea bueno o malo, es sencillamente chocante. Pero el caso es que apenas puede concebirse una nación sin unos colores simbólicos que la representen ante los otros pueblos. Vivimos, sin lugar a dudas, en los tiempos de la imagen y el símbolo; y muy pocos desean asomarse detrás de ello, la mayoría por ignorancia, otros por miedo. Aunque desde antiguo se nos haya dicho: «hombre, concóctete a ti mismo», instándonos a conocernos mejor, al género humano le han interesado mucho más las apariencias de la verdad que la verdad en sí misma. ¿Por qué será que «a nadie gusta que le digan las verdades»?

¿Qué hay detrás de las formas? En un mundo razonable podríamos pensar que las formas deben ser dignas representaciones del fondo; pero en demasiadas ocasiones no son fiel exponente de éste, sino un camuflaje de la verdad. Por ello solemos decir que «el hábito no hace al monje». Cada forma y color son un disfraz que envuelven un fondo repleto de sorpresas, alguna de las cuales poco agradable.

Esto ocurre con todas las criaturas que nos rodean, sean insectos, aves o plantas, así como en los seres humanos que, en cuanto organismos vivos, también tenemos nuestras formas diferentes y cambiantes, en función del sexo, edad o raza, por las cuales sentimos una mayor o menor atracción, porque casi nunca alcanzamos a ver el fondo, lo que hay detrás de la forma.

Detrás de todas las formas hay una esencia divina que nos prueba y nos enseña. Detrás de mi cuerpo hay una esencia que te prueba y

enseña a ti; y detrás del tuyo otra que me prueba y me enseña a mí. Sólo cuando se comprende esto se empieza a diluir el ego y se emprende **la Vía Iniciática** hacia la verdadera, la única espiritualidad, que es la esencia, el espíritu unificado, de toda religión.

El conocer iniciático tiene un sentido profundo: es ir más allá de las apariencias; es, en definitiva, romper y vencer la atractiva o repulsiva fuerza de las formas. Las Virtudes de la Enseñanza, el Amor y la Armonía no tienen forma; pero si un observador es capaz de ver estas energías en todas las formas de su entorno habrá alcanzado un alto grado de sabiduría.

El iniciado en el sendero espiritual debe trabajar para buscar la armonía en todo cuanto le rodea, le agrade o no le agrade. Debemos ser conscientes de que el Amor lo abarca todo. Es un trabajo difícil que consiguen dominar muy pocas personas. Y el secreto de este trabajo consiste en llegar a comprender, poco a poco, que todas las cosas, más allá de la dualidad, no son más que diferentes aspectos de la misma realidad, y que no puede ser de otra manera. ¿Podría uno amar los ojos y repudiar la boca de su amante? Sólo cuando se comprende lo que hay detrás del velo de las formas, uno las ama. Sólo cuando se comprende que el gato roba el pescado de la mesa, porque es su forma y no su fondo quien le obliga a realizar la fechoría, se le puede seguir amando.

Nadie puede considerarse superior a otro, sino diferente; sólo quien piense de este modo ha comenzado a percibir, aunque sea remotamente, la realidad que emerge detrás de todas las formas.

Llegados a este punto es preciso hacer mención a **las palabras**, que son **la forma del lenguaje**. Las palabras, en general, no son más que la imagen, la forma dada a una idea humana casi siempre velada o disfrazada. Quien se agarra a las palabras, quien se enorgullece o ofende por ellas, demuestra un cierto retraso en el camino hacia el conocimiento. Quien se escandaliza ante una blasfemia en lugar de sentir compasión demuestra desconocer el sentimiento real del blasfemo, fruto de su ignorancia. Quien haya meditado un poco sabe muy bien lo que esto significa. La fuerza del Verbo sólo se manifiesta cuando la palabra y el sentimiento son análogos. De lo contrario de nada sirve hablar.

Los Mensajeros son muy explícitos en este sentido: enseñan al hombre a trascender las formas y a mirar hacia el fondo de todas las cosas, a buscar en el fondo de su propio corazón, donde está la voz sin forma, la verdad desnuda de segundas intenciones (que siempre suelen beneficiar o enriquecer a unos pocos). Nos enseñan que el bien y el mal

proceden de "fuera"; no están dentro, puesto que en nuestro interior sólo reside el Dios que conforma la Unidad.

El **ego** es el elemento diferenciador por naturaleza, en el seno del cual tiene lugar la alquimia de la creación de todas las formas. Por ello es un artificio de los "demonios". Quien nos hizo creer que éramos **algo** preparaba su banquete, pues para poder "comer" es preciso arrancar una parte del **Todo**. Debemos luchar pues contra esta fuerza diabólica que nos vendió la idea de la individualidad, de la separatividad, como un modelo a seguir. Y no me refiero a una lucha violenta, sino a un modelo de lucha pacifista, a buscar la fuerza necesaria a la condición humana para enfrentarse con ventaja a cualquier acción violenta.

Ello no quiere decir que siempre haya que huir de las formas. La forma puede ser útil, pero sólo como camino hacia **la no forma**, de igual manera que la palabra sólo es útil como camino hacia **el silencio**. En efecto, antes de alcanzar estos estratos del Ser puede resultar importante, por un cierto período de tiempo, "jugar" a los disfraces de las formas, tratando siempre de no ofender a los demás. Así empezamos un día la vida, jugando a dominar formas cada vez más sofisticadas en la medida que nos hacíamos mayores. Los juguetes cambian y los seres humanos crecemos; pero no dejaremos de ser ignorantes por ello hasta que comprendamos el sentido de la vida, de los juegos y de los juguetes.

* * *

La plenitud no consiste tanto en aprender cuanto en comprender, y esto no es posible sin estar "comprendido", sin estar inmersos en lo que se pretende comprender. El hombre que busca la plenitud debe empezar por trabajar consigo mismo y conocer entonces las situaciones o las cosas estando "dentro" de ellas, formando parte de ellas, amándolas. Nadie puede amar si no conoce y nadie puede conocer si no está en perfecta armonía con todo aquello que ama. Como el Amor trasciende las formas, porque no procede de ellas, hay que buscarlo en el fondo de toda manifestación.

Más allá de las cumbres nevadas no existen las formas y, por tanto, quien sea su esclavo, lo será también de la ilusión, permaneciendo encadenado en la noria de las vidas y las muertes. La verdadera libertad, en el más amplio sentido de la palabra, sólo es posible fuera del tiempo, donde no pueden existir tampoco el espacio ni la forma ... al menos tal como los concebimos.

Toni Bennássar